

ADOLFO MARSILLACH:

"ES UNA OBRA ALUCINANTE"

DESDE el primer momento me interesó esta obra. Desde que tuve noticia de su estreno en Nueva York; las críticas, los reportajes, todo el mundo sensacionalista «made in U. S. A.» que surgió antes y después de la primera representación...

Y mi interés nació no del morbo más o menos disimulado con que los espectadores iban a rodear el tema de Marilyn, sino más bien de todo lo contrario. Yo me resistía a creer que un escritor de la categoría literaria de Arthur Miller fuera capaz de escribir una historia simplemente escabrosa, si detrás de eso no había algo más. No; Arthur Miller no iba a jugar al chismorreo como una Elsa Maxwell cualquiera. Cuando un hombre se confiesa desgarradamente ante los demás es por «algo». Y ese «algo» es «Después de la caída», una de las tragedias modernas más serias que yo conozco. Y entonces, sí; entonces un hombre tiene el derecho —¿y por qué no el deber?— de ser impúdico.

Yo estoy rabiosamente de acuerdo con la impudicia de Miller y no me avergüenzo de estarlo. Porque yo —como cualquier individuo que se sienta vivo— ando buscando, de una forma u otra, la verdad. Y hay miles de trampas, de pequeños y ratoneros pudores que me impiden llegar a ella. Por eso estoy con Miller y por eso interpreto todos los días su personaje de Quentin con una convicción, ante mí mismo, absoluta.

No han entendido la obra los que se han asustado de su supuesta inmoralidad. Nada hay más inmoral que la mentira y casi todos la aceptamos en nombre del decoro o de las buenas costumbres o del orden social. No han entendido «Después de la caída» los que no se han planteado nunca el problema de la culpa y la marca que en los hombres ha dejado la pérdida de la inocencia. No han entendido a Miller los que no saben que todos llevamos en nosotros el germen de la autodestrucción y que nadie puede salvar a otra persona aunque lo intente, porque nuestro amor no es el amor de Dios sino algo más pequeño, más egoísta y, en el fondo, más sangriento. No han entendido a Quentin —el protagonista de la obra— los que no son capaces de desnudar su yo, aunque ese yo no resulte todo lo hermoso que uno quisiera.

Porque lo de menos es preguntarse si Marilyn fue así o de otra manera, ni si está bien o mal hablar de la propia mujer, aunque esa mujer se haya suicidado una noche en que estaba muy sola. Todo eso es anécdota, chisme, pornografía...

No. Esta no es una obra repugnante. No es ésa la palabra. Para mí, «Después de la caída» es una obra sobre todo alucinante. Y con ese criterio la he dirigido e interpretado. Han sido dos largos meses de continua obsesión hasta llegar a este parto. He meditado mucho cada uno de los elementos que forman parte de mi montaje y puedo asegurar solamente que nada de lo que hay en él es gratuito.

Si me he equivocado o no, es cosa aparte. En cualquier caso, la supuesta equivocación sería intencionada. Acepto la responsabilidad entera. Y agradezco su entusiasmo a todos los que han colaborado conmigo: desde los actores al último técnico. Pocas veces se ha hecho algo tan «en equipo». Me gustaría que el público lo entendiera así.

Y nada más. Quizá añadir solamente que «Después de la caída», me da todos los días, al representarla, la oportunidad de sentirme más cerca del dolor de los hombres. Y el deseo de luchar, de alguna forma, por su libertad.

